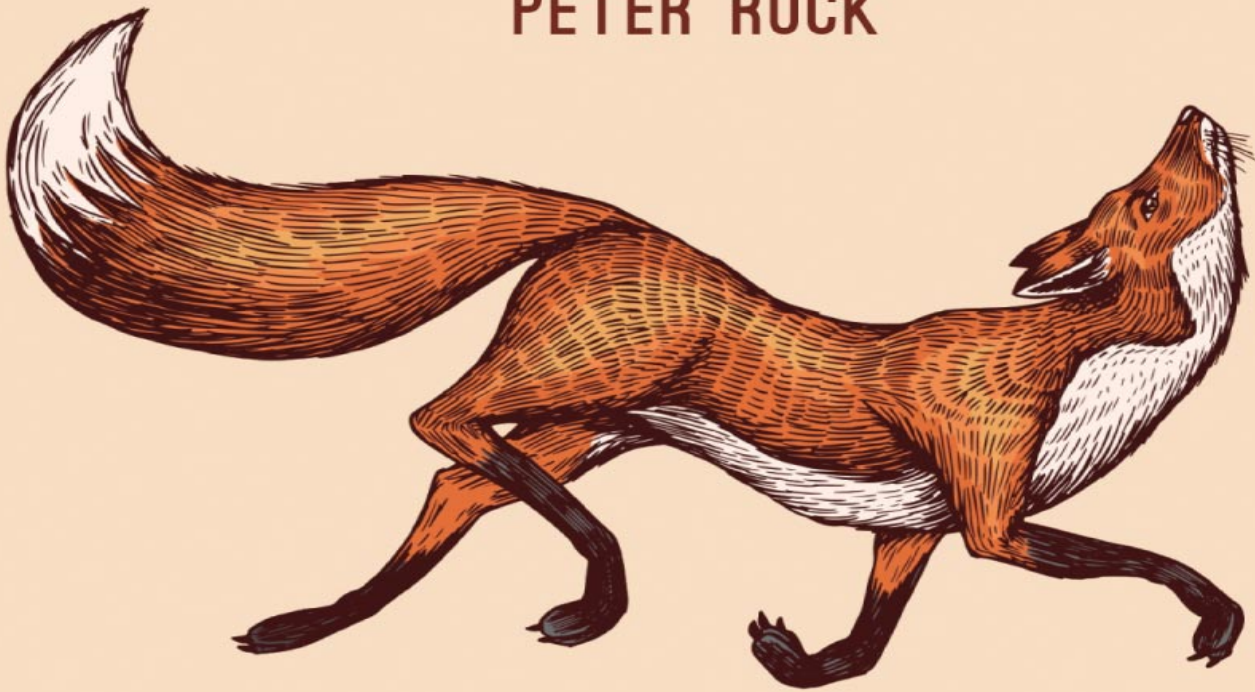




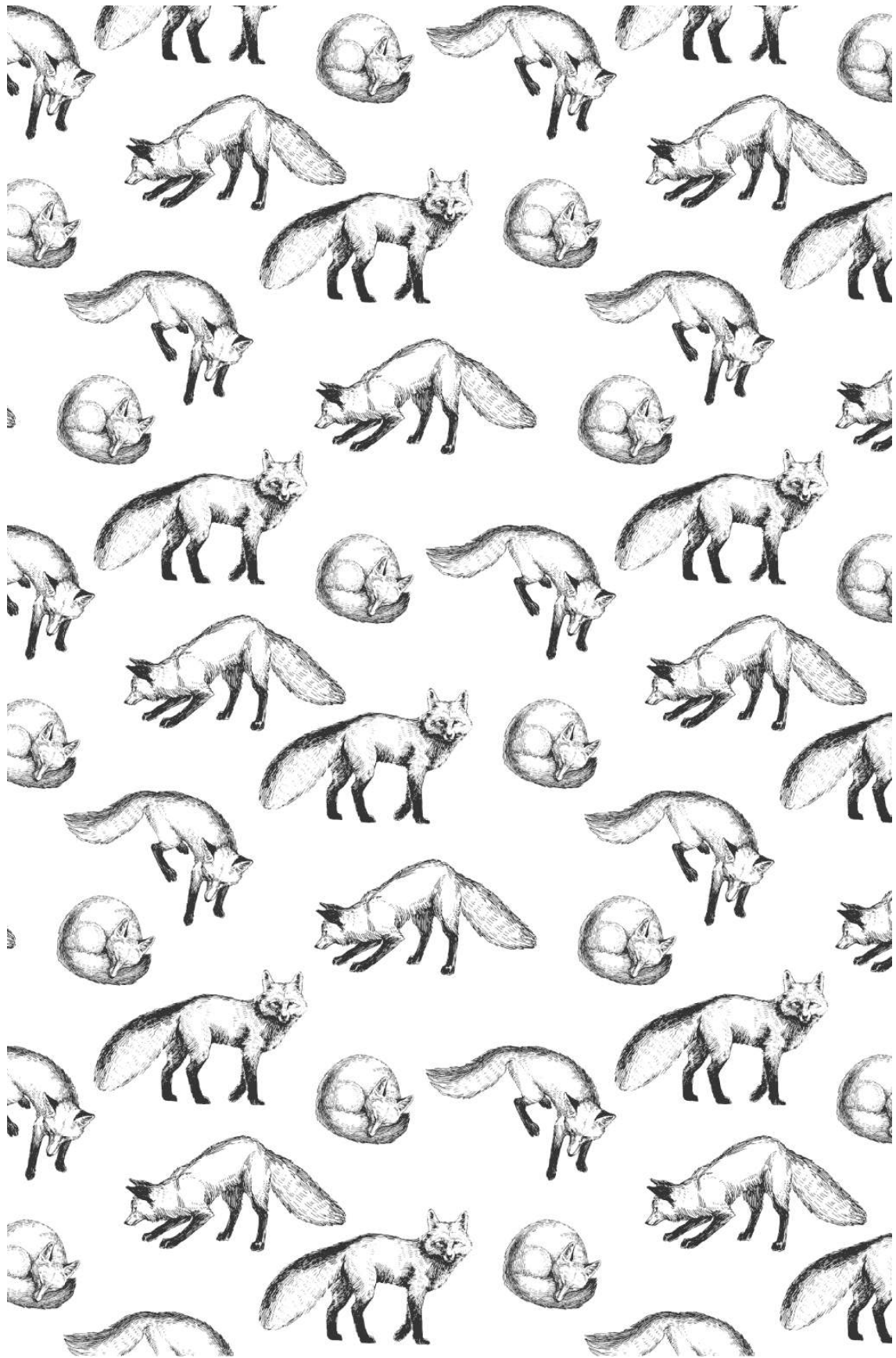
KLICKITAT

una novela de
PETER ROCK



traducción de **MICAELA ORTELLI**







IG JUAN.PABLO.MARJINEZ.SPEZZA

Rock, Peter / Klickitat / Peter Rock. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2021. Libro digital, EPUB. Traducción de: Micaela Ortelli.

ISBN: 978-987-8413-53-2

1. Narrativa Estadounidense. 2. Literatura Contemporánea. I. Ortelli, Micaela, trad.
II. Título

CDD 813

ISBN edición impresa: 978-987-8413-37-2

Título original Klickitat

Traducción Micaela Ortelli

Corrección Luisa Arditi y Mariana Gaitán

Diseño de tapa e interiores Víctor Malumián

Ilustración de tapa Irakli Ramishvili

Ilustración de Peter Rock Juan Pablo Martínez

© **Ediciones Godot**

edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

Facebook.com/EdicionesGodot

Twitter.com/EdicionesGodot

Instagram.com/EdicionesGodot

YouTube.com/EdicionesGodot

Buenos Aires, Argentina, 2021

Digitalizado en EPUB 3.2 por DigitalBe (JUN/2021)

Información de Accesibilidad:



Amigable con lectores de pantalla: Si.

Resumen de accesibilidad: Esta publicación incluye valor añadido para permitir la accesibilidad y compatibilidad con tecnologías asistivas. Las imágenes en esta publicación están apropiadamente descritas en conformidad con

WCAG 2.0 AA.

EPUB Accesible en conformidad con: WCAG-AA

Peligros: ninguno

Certificado por: DigitalBe

Klickitat

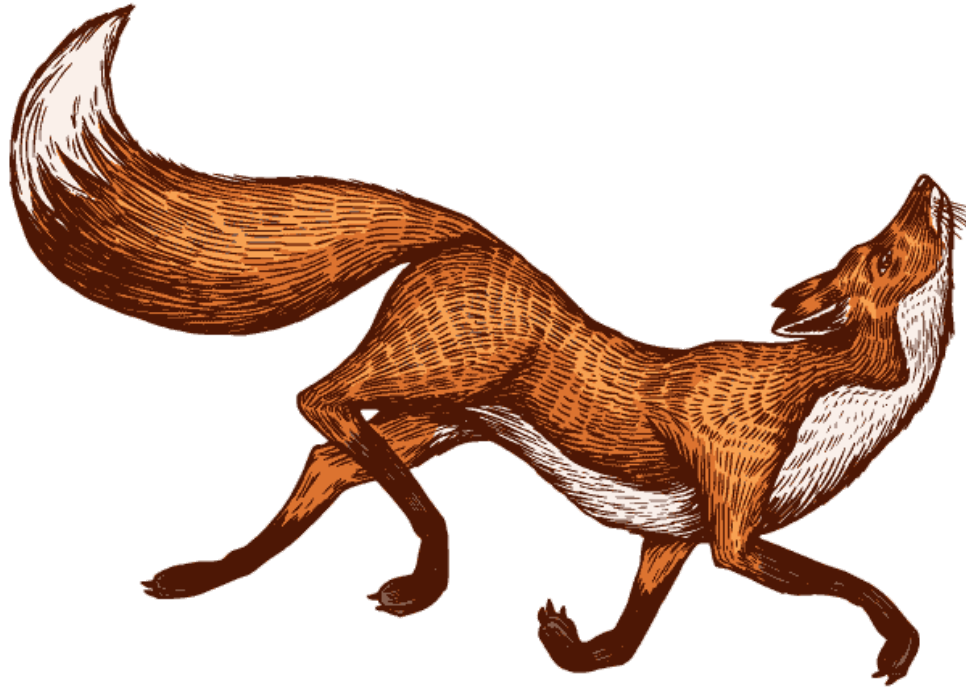
Peter Rock

Traducción

Micaela Ortelli



*Este libro es para
Miki Frances & Ida Akiko,
dos hermanas.*



*No caminaban de la mano,
pero sentían que lo hacían.*

LAURA INGALLS WILDER,
El largo invierno

1

T ODO EMPEZÓ CUANDO VI a mi hermana caminando así. Estaba por oscurecer, y yo la miraba por la ventana desde mi habitación. Me había metido en el espacio entre la biblioteca y la pared, donde quedaba bien apretada entre las dos presiones. Abajo, afuera, en el fondo del jardín de atrás, vi a Audra.

Estaba descalza, con las manos sobre las rodillas. Despacio, levantaba un pie, sin estirar la espalda, daba un paso corto, apoyaba ese pie y levantaba el otro. El cuerpo estaba doblado, así que tenía que curvar el cuello para mirar al frente, para ver adónde iba. Muy lentamente, salía de abajo de los árboles.

No fue hace mucho. Hace unos pocos meses, cuando ella tenía diecisiete. Yo tenía quince, ahora tengo dieciséis. Algunos meses pasan sin que nada cambie, y después de repente todo es diferente, los días pasan rápido y se confunden. Eso empezó cuando vi a Audra desde la ventana.

Muy despacio, caminó hacia el costado de la casa donde ya no la podía ver. Un poco después, escuché su voz en la cocina, abajo, peleando con mamá. Empujé la biblioteca y salí de la habitación, por el pasillo hasta la escalera.

—Estoy cansada de hablar del jueves —dijo Audra—. Fue hace como una semana.

—Y todavía no diste explicaciones.

Mamá estaba de espaldas, pelando papas en la pileta. Al costado, sobre la mesada, había cinco zanahorias una al lado de la otra, ya peladas.

—Nunca sé cuándo mientes y cuándo dices la verdad.

—¿Por qué no intentas creerme en lugar de decirme lo que tengo que hacer? —dijo Audra—. Y además, gritando así harás poner mal a Vivian.

—¿Estás bien, amor? —preguntó mamá, girando hacia mí.

—No estoy mal —dije, parada al costado de la mesa de la cocina—. No estoy agitada.

Audra volvió a mirar a mamá:

—¿Y por qué debería hacerte caso?

—Porque soy tu madre.

—Claro. Por eso.

—No contestas el teléfono. Ni siquiera lo llevas encima. Pagamos para que lo hagas.

—Como si quisiera tener una máquina pegada al cuerpo todo el tiempo.

—¿Es un tatuaje eso en el brazo?

—No. Me dibujaron con marcador.

—¿Qué dice?

—No lo puedo decir. Y no me acuerdo. ¿Un tatuaje? Sí, justo.

Al mismo tiempo que Audra levantó el brazo, dejando ver las líneas borronadas en azul, algo desde afuera golpeó la ventana. Un ruido fuerte y seco. Hizo vibrar el vidrio. Después, volvió el silencio.

—¿Qué fue eso? —dijo Audra—. ¿Un pájaro?

Me acerqué a la ventana. Vi algo moviéndose en los arbustos, en el suelo.

—¿Está muerto? —preguntó—. ¿Se quebró el cuello?

—No creo —dije.

En ese momento, vi el pájaro, pequeño y gris, dando saltitos en una especie de círculo. Se tambaleaba y aleteaba contra la tierra, hasta que recuperó el equilibrio otra vez.

Cuando me di vuelta, mamá seguía pelando las papas con fuerza. Medía menos que Audra, que estaba parada en el medio de la cocina con los ojos cerrados y los brazos estirados adelante, como sosteniendo algo invisible. Se había teñido de negro. Su cabello normal era castaño, como el mío.

Entonces se escuchó la voz de papá desde el sótano:

—¿Qué está pasando?

Pero nadie respondió.

Vi que los dedos de Audra temblaban apenas cuando estaba así con los brazos estirados y los ojos cerrados. Y después miré de vuelta por la ventana y no pude ver adónde había ido el pájaro.

—Te vi ahí afuera —dijo mamá—. Haciendo lo que sea que hacías, caminando así como una loca. Y descalza, en marzo.

—No tenías por qué mirar —dijo Audra, abriendo los ojos—. Y puedo caminar como quiera. Si caminamos siempre igual, no vemos lo que hay alrededor, somos como robots.

—Robots. Estoy cansada de escucharte decir esa palabra.

Mamá se dio vuelta con el pelapapas en la mano, que no era un cuchillo pero parecía un cuchillo.

—¿Te ajusta el pantalón que te hace caminar así?

—¿Qué? Dios. No.

Audra habló más fuerte mientras se desprendía el pantalón estampado militar y se lo bajaba de un empujón. Sacó una pierna y se le atascó el otro tobillo. Casi se cae y pateó hasta que el pantalón voló y dio contra una silla. La silla se deslizó contra la mesa, pero no se cayó.

—Audra Hanselman —dijo mamá.

Audra tenía las piernas blancas, la bombacha era amarilla. No dijo nada y no levantó el pantalón. Se dio vuelta y se fue por la escalera. Le vi las plantas negras de los pies mientras subía, hasta que no la vi más. Cerró la puerta de la habitación de un portazo.

—Vivian —dijo mamá, que ahora se había acercado más a mí—. Te pregunté si estabas bien.

—Estoy bien —dije—. Necesito salir a ver algo.

—En media hora cenamos.

Afuera hacía frío pero no llovía. Caminé por abajo de la ventana. El pájaro no estaba. Busqué debajo de los arbustos, los removí un poco, después fui por el costado de la casa, recorriendo el suelo con los ojos.

En el jardín de adelante había una hamaca hecha con una cubierta. Estaba colgada de la rama de un árbol con una soga larga, tan larga que Audra llegaba a hamacarse muy lejos, hasta la calle, y de vuelta todo el ángulo hasta la casa. Arriba en la pared, sobre el ventanal, se veían las pisadas, las marcas donde pisaba Audra para impulsarse.

El pájaro tampoco estaba ahí. Miré para arriba y tampoco había pájaros. Solo las ramas peladas y después las largas antenas de metal en el techo. Algunos chicos la llamaban la “Casa Helicóptero”,

porque parecía que las antenas podían empezar a girar y se elevaría toda la casa. Si lo hiciera, el sótano igual quedaría en la tierra, a la intemperie, y si miraran adentro, verían el equipo de radio de mi padre, todos los cables y tableros con luces, donde se levantan agujas rojas y se mueven en péndulo, donde salen voces de las gruesas almohadillas de sus auriculares. Verían a mi padre sentado ahí, hablando con gente que vive lejos.

Al principio no vi a Audra, porque su pelo y su suéter negro se confundían con las tejas. Estaba sentada en el techo, afuera de su habitación. Cuando me vio mirándola, no dijo nada. Levantó apenas la mano y saludó. La saludé también y agaché otra vez la cabeza.

Entré y crucé el living. Mamá y papá estaban en la cocina, hablando en la mesa, y cuando levanté el pantalón de Audra del piso me miraron.

—Dile a tu hermana que se puede quedar arriba hasta que esté lista para pedir disculpas —dijo papá.

—Y trae tus pastillas, Vivian —dijo mamá—. Así las tomas con la comida.

Arriba, la puerta de Audra no tenía llave. Crucé los libros que estaban en el piso y me paré junto a la ventana abierta. Entraba aire fresco. Audra se dio vuelta para ver quién era. Me quedé mirándole el perfil izquierdo, con los siete aros de plata en el borde de la oreja.

—Te traje el pantalón —dije, y levanté la mano para mostrarle, pero veía que se había puesto un jean negro.

—Está bien —dijo.

No me miró. Hubo un silencio y después dijo:

—No tenías que decir nada.

—¿Qué?

—Hoy, abajo. Hiciste bien mirando y nada más. Yo no lo puedo evitar, y después es siempre la misma historia.

—Estoy de tu lado —dije.

—Si pudiera cambiar mi modo de ser, cómo camino y escucho y hablo y toco. Pero si sigo intentando cambiar entonces ese mismo intentar se vuelve lo mismo, se hace rutina, como un robot intentando no ser un robot, y estoy todo el tiempo observándome a mí misma, ¿entiendes?

Ahora Audra sí me miraba, y sonreía, como invitándome a salir a sentarme con ella. Saqué la mitad del cuerpo por la ventana y sentí el polvo en las tejas. Parecía resbaloso, sentí que me iba a resbalar. Me quedé donde estaba.

—Conocí a alguien —dijo—. Alguien que sabe todo tipo de cosas, que conoce un mejor modo de vivir que como vivimos aquí. Más parecido a como debería ser.

—¿Quién?

—Pronto lo sabrás. Todo va a cambiar.

Dos casas más adelante, en la de los Hayden, estaba estacionada una camioneta que decía fumigación de abejas. Del otro lado de la calle, Jimmy Newman pateaba una pelota contra la pendiente del jardín de adelante de su casa. Era una pelota roja, él la pateaba, la pelota rodaba de vuelta y él la volvía a patear.

Traté de respirar más lento, pero mientras Audra se deslizaba para volver a entrar y se acercaba a mí, sentí un temblor adentro. Fue fuerte y demasiado de golpe como para llegar a meterme entre dos cosas, o cruzar el pasillo hasta mi habitación y agarrar el chaleco